

ESPECIAL

Los Juegos de sangre azul

Vela e hípica, los deportes favoritos de las realezas

Cuando en el Jockey Club de París, el joven Pierre daba las últimas pinceladas a su obra maestra, una que pasaría a la historia, el siglo XIX daba sus últimos bandazos y se apresuraba a dejar “todo listo” para el advenimiento de unos nuevos 100 años llenos de esperanza y nuevos bríos, una suerte de 2020, cuando la manida frase “este año será mi año” se ha visto emborronada por una pandemia nunca antes vista por las dos últimas generaciones.

Pero regresemos al caso, al sueño de Pierre, que por cierto, tenía un apellido de lo más famoso desde 1400 cuando su familia ya era de sangre azul: Coubertin.

Efectivamente, el joven que en 1894 terminaba de perfilar su gran creación y que en 1896 veía cómo Atenas se erigía como el Olimpo del deporte (otra vez), era el barón Pierre de Coubertin, a la postre segundo presidente del nuevo Comité Olímpico Internacional a partir de 1906 y hasta 1912, puesto que la primera presidencia la cedió a un griego.

Pues bien, en 1894 y sentadas las bases para la celebración de un magno evento que agrupara a deportistas de gran número de países compitiendo por la gloria, la familia real griega se entusiasmó con la idea y levantó la mano para que los primeros Juegos Olímpicos de la era moderna se celebraran en su tierra, a pesar de los problemas económicos que tenía el país heleno, como ocurrió en Atenas 2004.

Pero los reyes eran muy reyes y quisieron atraer la atención del mundo para demostrarle que seguían siendo cuna de una de las mayores civilizaciones del planeta, brillante, aguerrida, patriótica y con mucho orgullo.

Si la sangre azul estaba desde la organización con la simiente del joven barón Pierre y desde los segundos Juegos, en París 1900, con la medalla del conde suizo Herman de Pourtalès en París 1900, la realeza no se quedó atrás, y su relación de amor con los Juegos Olímpicos ha sido una de las más duraderas y resistentes de la historia del amor.

Después del apoyo de los hijos de Jorge I de Grecia a la organización de las Olimpiadas de la nueva era en su país, hubo que esperar 16 años hasta que llegara la primera medalla olímpica de



La princesa Haya de Jordania, imagen tomada en la competencia de equitación en la que participó en los Juegos Olímpicos de Sidney 2000



Fotografía de la embarcación de Constantino II, que venció en la clase Dragon en las Olimpiadas de 1960

la realeza, un bronce en salto ecuestre en Estocolmo 1912 a manos de Federico Carlos de Prusia, hijo del Príncipe Federico Leopoldo de Prusia y de la Princesa Luis Sofía de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Augustenburg. Casi nada...

Olav V, rey de Noruega de 1957 a 1991, era un amante de los deportes y entre sus logros está un campeonato nacional de esquí. Pero su logro mayor fue en Amsterdam 1928, donde ganó el primer oro —en la competición de vela— para la realeza en las Olimpiadas modernas. Su hijo, el rey Harald, también representó a Noruega en vela en las Olimpiadas de Tokio 1964, México 1968 y Múnich 1972.

Con unos años de diferencia, el rey Constantino II de Grecia, ganó también en vela

en los Juegos de Roma-Nápoles 1960 una medalla de oro en vela a la postre uno de los deportes olímpicos más practicados por la realeza junto con la hípica.

Por aquel entonces, en el mismo equipo de Constantino II, una joven deportista mantenía el segundo plano mientras su hermano se llevaba los honores. Esa mujer que llegaba a Italia como suplente del equipo y que finalmente no participó, no era otra que Sofía de Grecia y Dinamarca, posteriormente reina consorte de España de 1975 a 2014.

En Munich 1972 llegó el turno para el ahora rey emérito de España, Juan Carlos I, en la disciplina de vela, concretamente en la clase Dragon, la misma en la que Constantino II había ganado 12 años antes; pero a Juan

Carlos no fue tan bien y finalizó en el puesto 15.

A la participación de la reina emérita Sofía como suplente en 1960 y la del rey emérito Juan Carlos I 12 años después, le sucedieron dos participaciones más de los Borbones: la infanta Cristina y el actual rey de España, Felipe VI.

La infanta Cristina, quien se casó en 1997 con Iñaki Urdangarín, exjugador profesional de balonmano y también olímpico en Atlanta 1996, participó en los Juegos de Seúl 1988 como reserva de la clase 470 de vela. Por su parte, el rey Felipe VI participó también en vela en Barcelona 1992 ocupando un meritorio sexto puesto final en la clase Soling.

También familia de buenos deportistas es la Casa Real británica. Primero fue

Nasser Al Attiyah | Piloto

Uno de los deportistas de la realeza más prolíficos ha sido el piloto Nasser Al Attiyah.

■ Ralis

Además de sus seis participaciones olímpicas en tiro, es en la actualidad piloto de ralis.

■ Creó su equipo

Asiduo del Rally Dakar, donde ha quedado tres veces campeón, ha pasado por varios equipos e incluso creó el propio.

Ana de Inglaterra, hija de la reina Isabel II, la que compitió con más pena que gloria en Montreal 1976; y después fue su hija, Zara Phillips, con tres olimpiadas en su haber, Atenas 2004, Pekín 2008 y Londres 2012, y una medalla de plata en su última asistencia.

En 2012, y como competidora de Zara Phillips, otra deportista con sangre azul participó en la justa de equitación: la princesa Nathalie de Sayn-Wittgenstein-Berleburg, sobrina de la reina Margarita de Dinamarca y, curiosamente, prima lejana de Zara. Nathalie repetía participación después de lograr un bronce cuatro años antes, en Pekín 2008.

¿Y los países de Oriente? La participación de las familias reales de países asiáticos comenzó en el año 2000 con la

princesa Haya de Jordania, hija del rey Husein I de Jordania y de la reina Alia Al-Husein, y hermana del actual rey Abdalá II; fue abandonada de su país y compitió en equitación.

En Pekín 2008 compitieron en esta misma modalidad ecuestre los príncipes de Arabia Saudí Abdullah bin Mitleb —quien repitió su participación en Londres 2012—, y Faisal Al Shalan.

El integrante de la realeza que más Juegos Olímpicos tiene en sus maletas es el príncipe Nasser Al Attiyah, de Qatar, con seis participaciones ininterrumpidas desde Atlanta 1996. Su mejor puesto, una medalla de bronce, fue en Londres 2012.

También en Juegos Olímpicos, pero en los de invierno, integrantes de diferentes casas reales han sido protagonistas en las delegaciones de sus países.

Uno de los casos más famosos es el de Alberto de Mónaco, hijo de Rainiero III de Mónaco y de la princesa Grace —la actriz estadounidense Grace Kelly—.

Alberto fue integrante del equipo de bobsled del Principado, participando en diferentes Juegos, como Calgary 1988, Albertville 1992, Lillehammer 1994, Nagano 1998 y Salt Lake City 2002.

“Sirena de Mónaco”

Sin alejarnos de Mónaco, una joven clavadista mantenía al principado en vilo durante los Juegos Olímpicos de la Juventud en 2010.

Se trataba de Pauline Ducruet, hija de Estefanía de Mónaco y su guardaespaldas durante principios de los 90, Daniel Ducruet.

Pauline aspiraba a conquistar no solo las piscinas, sino los corazones de todo un microestado, el segundo más pequeño después de El Vaticano, enclavado en la Costa Azul francesa. Pero el sueño de la “sirena de Mónaco” de participar en Londres 2012 se vino abajo.

Saldo poco afortunado

Aunque es cierto que un buen número de integrantes de las casas reales del mundo han participado en los Juegos Olímpicos, muy pocos han conseguido medallas.

Alberto de Mónaco no consiguió medalla en sus cinco justas de invierno, tampoco lo logró ningún Borbón, aunque el esposo de la infanta Cristina, Iñaki Urdangarín, si logró dos medallas de bronce, en Atlanta 1996 y Sidney 2000 en balonmano.

Aun así, el glamur que deja tras de sí la estela real en los Juegos es y será casi incomparable.— JAMIER CABALLERO LENDINEZ

Historias de la realeza se han forjado en las justas

Amor y deporte van de la mano en la competición

Algunas de las historias de amor más duraderas que nos han dado algunas casas reales han tenido de fondo los Juegos Olímpicos a lo largo de todas sus ediciones.

Famosos son los casos de Alberto y Charlene de Mónaco, Máxima y Guillermo Alejandro de Holanda, Carlos Gustavo y Silvia de Suecia, la infanta Cristina e Iñaki Urdangarín y la princesa Mary y el Príncipe Federico de Dinamarca son solo algunos.

Federico y Mary

Sidney 2000. El futuro rey de Dinamarca Federico, decide salir de fiesta durante su asistencia como espectador (asiduo, por cierto) a los juegos que se celebran en Australia. Esa noche iba acompañado de los príncipes Nikolaos de Grecia, Joaquim de Dinamarca y Martha Louise de Noruega, y Bruno Gómez-Acevo, sobrino del entonces rey de España, hoy emérito,

Juan Carlos I.

Mary había salido a su vez con unas amigas y decidieron ir a un bar donde coincidieron con los fiesteros reales de esa noche. “Fue amor a primera vista. Cuando la vi, sentí que era mi alma gemela”, relataba años después en un libro por su 40 cumpleaños Federico y ni cortón ni perezoso, el príncipe heredero decidió hablar con ella y presentarse como Fred.

Hoy, 20 años y cuatro hijos después de ese encuentro, siguen siendo asiduos asistentes a los Juegos.

Alberto y Charlene

Charlene de Mónaco había participado en los Juegos Olímpicos de Sidney 2000 defendiendo los relevos sudáfricanos con tres compañeras más. Ese mismo año participó en el Encuentro Internacional de Natación de Montecarlo, el cual era presidido por Alberto de Mónaco. Cuentan que se enamoró desde el principio.

Pero hubo que esperar hasta los Juegos Olímpicos de Invierno de Turín 2006 para verlos juntos oficialmente como pareja.

Cinco años después, en

2011, Alberto y Charlene se casaron en el principado. Hoy, 20 años y unos mellizos después, Alberto se recuperó de coronavirus y siguen muy activos en todo lo que tenga que ver con deporte.

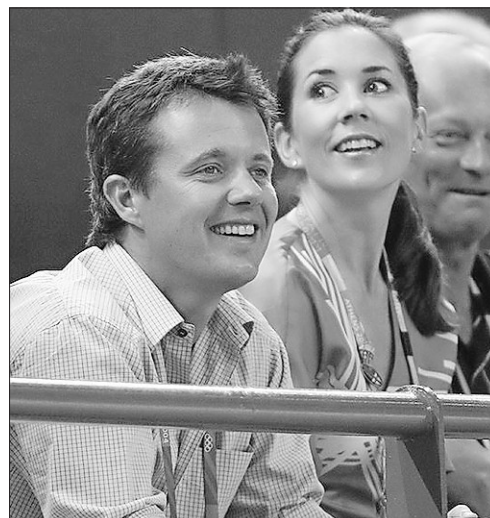
Cristina e Iñaki

Se conocieron durante la celebración de la medalla de bronce de la selección de balonmano de España en las Olimpiadas de Atlanta 1996. Él, uno de los mejores jugadores de España y perteneciente a Barcelona, tenía novia por aquel entonces, Carmen Camí.

Una cena posterior con amigos confirmó que había futuro entre ambos, quienes ya de regreso a Barcelona, continuaron frecuentándose fuera de los focos.

Tras un rápido noviazgo, en 1997, la infanta Cristina e Iñaki Urdangarín se casaron a pesar de la oposición de la familia real española en un principado.

Los últimos años de su matrimonio han sido muy polémicos, pero 23 primaveras después, siguen viéndose en público como la pareja que en Atlanta tuvo su flechazo.— J.C.L.



A la izquierda, Federico y Mary de Dinamarca durante un encuentro deportivo. Debajo, la infanta Cristina felicita a Iñaki Urdangarín en un partido con la selección española de balonmano



Alberto y Charlene de Mónaco en una imagen durante una competencia deportiva a la que son asiduos